

El papel de las masas en la educación cívica para el bien común

Carlos Alberto Bazaldúa Castillo

*Se hace largo y difícil el camino
que conduce a la virtud por los preceptos,
breve y eficaz por los ejemplos*
SÉNECA

La educación siempre será la mejor herramienta para formar una sociedad responsable, libre y democrática. No hay mayor tesoro para un individuo que su educación, esa llave que no sólo le abrirá las puertas a su desarrollo profesional e intelectual, sino también a su buen desenvolvimiento dentro del engranaje social, ayudándole a desempeñar funciones activas que conlleven al buen cauce de la sociedad donde se encuentra inserto.

A lo largo de este trabajo me referiré a la educación cívica del ciudadano mexicano, tanto dentro como fuera de un salón de clases, así como a los medios para encausarla hacia el bien común. Existen, según mi juicio particular, tres métodos para educar a un niño dentro de las normas del civismo. El método teórico, el primero que mencionaré, es el más ineficaz de todos debido a su falta de sustento práctico. Este método proporciona a los educandos del sistema de educación pública mexicano una visión contradictoria de la educación cívica. Para sustentar mi argumento anterior, propondré el siguiente ejemplo: supongamos un salón de clases del área metropolitana de Monterrey repleto de niños de cuarto grado de primaria sentados en sus pupitres mientras el profesor se pasea por el aula recitando las normas cívicas de igualdad social: «Tanto los hombres como las mujeres tenemos los mismos derechos y somos iguales ante nuestra Constitución. El hombre debe respetar a la mujer, así como la mujer debe respetar al hombre», proclama el maestro a sus alumnos. Este es un excelente mensaje para los niños, podría pensar quien leyese estas páginas, y en efecto es un buen mensaje; sin embargo, no se encuentra sustentado por la practicidad. Cualquiera de estos niños que salga del aula y se dirija a su casa podrá darse cuenta de

que en el mundo real, las mujeres y los hombres no somos completamente iguales y de que no existe el menor respeto hacia la mujer. Si el marido insulta y golpea a su esposa en presencia de alguno de estos pequeños, si al ir caminando por la calle el infante observa que el hombre se deshace en piropos de mal gusto con cuanta fémina se le atraviesa en el camino, las lecciones de civismo y equidad de género que con tanto entusiasmo proclamó el profesor en el salón de clases, se desvanecerán dentro de la cabeza del niño gracias a los malos ejemplos que encuentra en su mundo.

El método teórico, por sí solo, es inútil, pues carece de un sustento práctico que valide sus preceptos. Una acción influye un millón de veces más en la mente de un niño que las palabras del más hábil y elocuente profesor de cívica y ética. De ahí que el método teórico sea completamente vulnerable ante la practicidad de los malos ejemplos que, dicho sea de paso, estamos los individuos rodeados de ellos por diestra y siniestra.

Una de las lecturas que me han enseñado más de la vida ha sido *El Periquillo Sarniento*, de Fernández de Lizardi. En dicho libro Periquillo intenta explicar a su hijo el poder de las acciones por sobre las palabras, y hace alusión a un ejemplo que resultará bastante ilustrativo para los fines de mi explicación:

Los cangrejos son unos animalitos que andan de lado; pues como advirtiesen esta deformidad algunos cangrejos civilizados, trataron de que se corrigiera este defecto; pero un cangrejo machucho dijo: «Señores, es una torpeza pretender que en nosotros se corrija un vicio que ha crecido con la edad. Lo seguro es instruir a nuestra juventud en el modo de andar derechos, para que enmendando ellos este despilfarro enseñen después a sus hijos y se logre desterrar para siempre de nuestra posteridad este maldito modo de andar». Todos los cangrejos nemine discrepante celebraron el arbitrio. Encargose su ejecución a los cangrejos padres, y éstos, con muy buenas razones, persuadían a sus hijos a andar derechos; pero los cangrejitos decían: «¿A ver cómo, padres?». Aquí era ello. Se ponían a andar los cangrejos y andaban de lado, contra todos los pre-

ceptos que les acababan de dar con la boca. Los cangrejillos como que es natural, hacían lo que veían y no lo que oían. Y de este modo se quedaron andando como siempre. Ésta es una fábula respecto a los cangrejos mas respecto de los hombres es una verdad evidente: porque como dice Séneca «se hace largo y difícil el camino que conduce a la virtud por los preceptos; breve y eficaz por el ejemplo» (1970, p. 27).

Una vez demostrada la ineficiencia del método teórico, pasaremos ahora al método práctico. Esta forma de educar a los infantes dentro del civismo es mejor que la primera, sin embargo carece de sustento teórico. Un niño que crece en una familia que respeta a las mujeres, aprenderá a respetar al género femenino con mayores probabilidades que aquél que se desenvuelve rodeado de ejemplos de maltrato y abuso hacia la mujer. Si a un niño o a una niña se le muestra el buen comportamiento cívico pero no se le instruye en los derechos constitucionales que garantizan la protección de la mujer ante la ley y que proclaman la equidad de género, podemos decir que la formación cívica de estos pequeños estará incompleta. Es de suma importancia conocer los reglamentos que protegen las garantías individuales de hombres y mujeres, así como conocer las razones del por qué un hombre debe respetar a la mujer. Un buen ejemplo es mejor que una lección sin sustento práctico, sin duda alguna, pero como método aún permanece incompleto. Un niño debe conocer que se respeta a las mujeres porque todos, ante la ley, somos iguales, y porque todos estamos rodeados de mujeres que estimamos y queremos, y si deseamos que nuestra madre o hermana no sean víctimas de maltratos, debemos comenzar por no obrar en contra de otras mujeres.

El método práctico, por sí solo, no es suficiente para que el infante tenga una perspectiva completa del respeto hacia la mujer; no es suficiente para que relacione el hecho (el respeto al género femenino) con el sustento de este hecho, (la igualdad entre hombres y mujeres establecida en la Constitución así como las garantías individuales que protegen a la mujer). Sin duda, el método práctico es más eficiente que el teórico, sin embargo se queda incompleto ante las necesidades de una buena educación cívica.

Por último tenemos el método teórico-práctico. No se necesita tener habilidades deductivas para saber que es éste el método ideal para educar el civismo. Un niño tendrá una excelente educación cívica el día en que en las escuelas se le instruya en la materia, al mismo tiempo que viva rodeado de acciones que sustenten dichas enseñanzas. Pero, ¿cómo comenzar este proceso de cambio? La respuesta está en los adultos. Nuestra generación no podrá ver los resultados de las acciones que se emprenderán cuando descubramos que, si queremos cambiar la realidad cívica mexicana, debemos empezar primero por cambiar nosotros mismos. Si una sociedad completa, o cuando menos la gran mayoría, se da cuenta de que debe educar a sus hijos con buenos ejemplos para que resulten, en el futuro, buenos ciudadanos, estaremos a la mitad del camino. La siguiente generación de individuos hará lo mismo con la siguiente, y pronto tendremos una sociedad más cívica, donde existan costumbres de tolerancia, de respeto, de pluralidad, de conocimiento.

Tal vez el escenario que planteo parezca sacado de la obra *Utopía*, de Tomás Moro. Una sociedad de respeto y tolerancia mutuos, donde se le da su lugar a la mujer y donde todos somos iguales ante el Estado y ante la ciudadanía, no es difícil de conseguir si se cuenta con el apoyo de las masas. *Vox populi vox Dei*. Cuando el pueblo se dé cuenta de que los gobernantes de quienes tanto se quejan por corruptos y deshonestos, se crían en la misma sociedad que ellos, y que por ende, si la sociedad se vuelve honesta, tendremos gobernantes honestos, ese día cambiará el rumbo de nuestra ciudad. Si un pueblo es corrupto, es lógico que sus mandatarios lo sean. Pero si un pueblo es educado con civismo, ¿no sería igual de lógico que sus gobernantes tuvieran alto grado de civilidad? El cambio hacia el bien social depende de las masas y no del Estado.

Hablo aquí de la corrupción porque es el cáncer que está devorando a nuestro país. No importan las leyes que se aprueben en el Congreso de la Unión, no importa que se aumente el presupuesto para la educación; si en el camino encontramos a funcionarios corruptos que interfieren en que esas leyes se cumplan y en que ese dinero llegue a su destino, no servirá de nada cualquier ley que se apruebe. Nuestro pueblo está destinado a fracasar si no deja de ser corrupto.

Este cambio no se encuentra en manos del Estado, ni de algún gobernante, este cambio trascendental está en todos y cada uno de los ciudadanos que formamos esta gran república. La educación cívica es la llave que abrirá el candado de nuestra libertad, pues la corrupción nos tiene encarcelados en la mediocridad. Nuestro país no progresa, no porque alguna economía mundial nos lo impida, sino porque lastimosamente el mexicano se lo impide a sí mismo. Si se anhela el bien común, se necesita erradicar la corrupción ipso facto.

Históricamente, el mexicano jamás se ha preocupado por el bien común. Siempre ha velado por sus intereses particulares, dejando a las masas relegadas a un tercer plano. Una de las frases que ejemplifican el modo de pensar del nacido en la tierra de Nezahualcóyotl, y que se tiene como «verdad universal» dentro de la sabiduría popular, es la que reza de la siguiente manera: «Primero yo, después yo y al último yo». Con esta frase describimos todo lo que es el mexicano promedio, preocupado por su bienestar particular y desentendido de los problemas ajenos. No existe una muestra de anticivismo más grande que esta forma de pensar. Y para demostrar lo dañino de poner en práctica dicha frase haré alusión al siguiente ejemplo. En la ciudad de Monterrey existen zonas de opulencia que contrastan por sus lujos con zonas de carencias extremas. Un ciudadano que viva en algún barrio residencial de alta categoría podrá pensar, como dice la frase, que mientras él se encuentre bien, no importa que exista gente muriéndose de hambre o de frío en otras partes de su misma ciudad. Y como dicho individuo se encuentra no sólo conforme con su posición social sino también con la ajena, no hará absolutamente nada por ayudar a que sus conciudadanos salgan de la miseria. El problema para este ciudadano despreocupado viene cuando aquéllos que se ven inmersos en la pobreza, se ven forzados a delinquir y como todos vivimos en una telaraña social, ese individuo que se pone una capucha y se arma con pistola, podría secuestrar o simplemente robar al ciudadano de buena posición económica que desde un principio se mostró indiferente a la problemática ajena.

Algo que debemos entender para cambiar nuestra forma de pensar, es que, en una sociedad, los problemas de uno son los problemas de todos. Debemos formarnos una mentalidad ganar-ganar, en

vez de una mentalidad ganar-perder. La civilidad se refiere al respeto hacia los demás, pero no basta con respetarnos los unos a los otros, hay que asegurarnos de emprender acciones en beneficio del bien común. Es imposible comenzar esta misión por el bien particular, ascendiendo luego al bienestar general. Se debe comenzar por el bienestar común, pues este traerá por consecuencia el bien particular, por lo que necesitamos empezar a pensar más en los demás y no solamente en nosotros mismos.

En Monterrey frecuentemente sus calles se inundan ante cualquier chubasco. Siempre se ha dicho que uno de los principales problemas, además de la errónea planificación urbana, es la basura. Cuando un individuo arroja desechos en la calle, por más insignificantes que parezcan, está contribuyendo con la disfuncionalidad del alcantarillado público. Esta falta de civilidad conlleva perjuicios para la sociedad civil. Por una simple conducta incivilizada como el tirar basura en las calles, miles de familias se ven afectadas por las inundaciones al no funcionar correctamente el alcantarillado de la ciudad. La forma de erradicar esta problemática es no sólo concientizar a las personas y a los niños del gran daño que causamos a la ecología y a nuestra sociedad, sino también apoyar nuestras enseñanzas con acciones. Para lograr que se deje de tirar basura en las calles es necesario, primeramente, ejemplificar lo que se debe hacer para luego influir en los que me rodean. Lo que se pretende con influir en los demás mediante las acciones es lograr un efecto bola de nieve: si un individuo logra influir para bien en otro y éste otro lo hace de igual forma con otro, y éstos a su vez lo hacen con otros más, se crea una cadena que se hace más y más grande. El efecto bola de nieve arrasa con todo, es la voluntad del pueblo puesta en acción.

Un aspecto que como ciudadanos debemos entender es que si esperamos tener una sociedad más cívica es necesario empezar por uno mismo y no esperar a que algún gobernante cambie nuestra realidad social. El cambio está en manos de las masas. Esperando a Godot, del dramaturgo irlandés Samuel Beckett, es el claro ejemplo de cómo la sociedad se ha pasado toda su historia esperando a que algo o alguien venga y cambie las cosas para bien. Las religiones proclaman que un dios omnipotente salvará al mundo, y respetando todas

las creencias humanas, puedo decir que ese dios, si realmente ama a la humanidad, no llegará con su infinito poder a solucionar todos los problemas de un solo tajo. ¿Cuál sería el aprendizaje para una sociedad si alguien soluciona sus problemas sin el menor esfuerzo? Los cambios importantes requieren de trabajo, de tiempo y de sacrificio. La verdad es que nadie va a venir a salvar a la humanidad, la humanidad en su conjunto es quien se salvará a sí misma. No podemos esperar a que un presidente o un dios solucionen los problemas de una sociedad, que erradique la corrupción, que elimine la pobreza y que construya una ciudad con civismo. El cambio verdadero proviene del pueblo hacia los gobernantes y no al revés. Debemos desistir en la espera de que alguien venga y nos salve, de que alguien erradique nuestros problemas de la noche a la mañana. Debemos dejar de quejarnos sobre nuestra corrupción y actuar.

El civismo es esa responsabilidad hacia los demás. En la medida en que somos mejores personas, influimos en los demás individuos para que sean mejores ciudadanos. En manos de las masas están los cambios sociales que necesitamos. Para ilustrar este punto pondré como ejemplo a la televisión. Hablando específicamente de la pantalla chica local, podemos afirmar que carece de contenido. Los programas televisivos de hoy en día se sustentan en mostrar mujeres con poca ropa, en contar chistoretas de mal gusto y en mostrar personajes y conductores que no dicen absolutamente nada y que, como Cantinflas, hablan hasta por los codos sin comunicar siquiera una idea. Pero en este punto debemos detenernos a pensar ¿por qué la televisión local carece de contenido y nos ofrece la bazofia que vemos cada día? Por las masas. Si el mercado le dice a los productores de televisión que lo que la gente quiere ver es a unas cuantas mujeres bailando semidesnudas, víctimas del machismo y de los comentarios de connotación sexual por parte del conductor, eso es lo que pondrán al aire, porque eso es lo que la gente desea ver. En la medida en que la ciudadanía se dé cuenta de que dichos programas televisivos carecen de contenido y de moral, irá cambiando la estructura de los mismos. Los medios de comunicación, la educación, el Estado... todo se ajusta a lo que el pueblo manda. Si deseamos construir una sociedad civilizada es imperioso que los cambios provengan de las masas.

Una materia que compete también al civismo y que caracteriza en gran medida al ser del mexicano es la simulación. En algún momento, o en gran parte de nuestras vidas, todos simulamos hacer algo cuando en verdad no lo hacemos. Si un alumno hace como que estudia pero no estudia, y a la hora del examen termina copiándose de su vecino de pupitre, estará condenado a simular por el resto de su vida. Si esa misma persona, pasado el tiempo, hace como que trabaja pero no trabaja; se queda dormido en su oficina un par de horas; se pone al frente de un grupo de alumnos y hace como que les enseña cuando en verdad no les enseña nada; este prototipo de individuo podría convertirse en algún gobernante que hace como que gobierna, pero no gobierna. Lo grave de este círculo vicioso es que uno podría preguntarse ¿para qué me esfuerzo en pasar la prueba estudiando cuando todos se pasan las respuestas unos a otros sin que el profesor diga una palabra?, ¿para qué trabajo al cien por ciento en la oficina cuando todos mis compañeros se la pasan tomando café, platicando por horas, haciendo como que trabajan, pero no trabajan? La simulación es contagiosa porque todos la practicamos. Pensemos en cambio que todos fuéramos personas honestas y civilizadas, ¿no sería más fácil que este patrón sirviese de ejemplo para arrastrar a los individuos a actuar como las masas?

¿Por qué en cuanto el mexicano cruza la frontera con Estados Unidos no se atreve a tirar ni una sola basurita en las calles? No lo hace porque sabe que es una acción penada por la ley, pero sobre todo, porque todos en aquel país respetan dicha norma. En cuanto el mexicano cruza de nuevo la frontera y pisa suelo nacional arroja por la ventanilla del automóvil cuanta basura le salga al paso. ¿Cuál es la diferencia entre México y Estados Unidos referente a tirar basura en la vía pública? Las masas. El efecto bola de nieve debe comenzar inmediatamente. El pueblo mexicano es hipócrita al decir que ya está harto de la corrupción, porque si en realidad lo estuviera, hace mucho que la hubiera erradicado con su desuso. No podemos afirmar que estamos hartos de las «mordidas», si a la primera infracción acomodamos el billete bien doblado entre los papeles del agente de tránsito. Si en verdad estamos cansados de nuestra falta de civismo, de nuestra realidad social, debemos empezar a cambiarla ya. Los resultados no

se verán en uno, ni en cinco, ni en diez años... quizá no los lleguemos a ver. Trabajaremos para las generaciones del futuro, ellas verán los frutos de las acciones emprendidas por nuestra generación para lograr el bien común. Será un trabajo mal remunerado, pensarán algunos. No lo es si pensamos que nuestra familia futura, nuestros hijos, nietos, bisnietos, vivirán en esa sociedad cívica y ordenada, donde se respeta a la mujer y donde se vive sin corrupción.

¿Qué podemos esperar de ciudadanos con valores cívicos? Mucho. Una persona civilizada, educada en valores bien arraigados que le fueron inculcados no sólo con teoría sino también con la práctica, tendrá una perspectiva humanista del mundo en que vive. Ni el dinero ni el poder podrán corromperlo. Dice Thoreau en su ensayo «Una vida sin principios» lo siguiente:

La comunidad carece del soborno capaz de tentar al hombre sabio, podéis juntar dinero suficiente para perforar una montaña, pero no podéis juntar dinero suficiente para contratar al hombre que está ocupándose de sus asuntos. Un hombre eficiente y valioso hace lo que sabe hacer, tanto si la comunidad le paga por ello como si no le paga. Los ineficaces ofrecen su ineficiencia al mejor postor y están siempre esperando que les den un puesto (2009, p. 14).

Una comunidad realmente civilizada, que se rige por valores y costumbres de respeto y equidad, no escatimará en hacer valer las leyes que se aprueban en su congreso. Las leyes de una comunidad son dictadas por ella misma: no es difícil elaborar leyes nuevas, lo difícil es cumplir las que ya se encuentran en vigor. Si en México se respetara el cincuenta por ciento de la Constitución nuestro país sería otro muy distinto. El pueblo debe valorar lo humano por sobre lo material, el pensamiento por sobre el enriquecimiento: «un grano de oro puede dorar una gran superficie, pero no tanto como un grano de buen juicio» (Thoreau, 2009, p. 18).

Vuelvo a insistir, el principal problema para comenzar la revolución de las acciones, es empezar. Una vez desencadenado el motor de las masas no podremos detener su efecto en los individuos. La sociedad del futuro, esa que no podremos ver ni atestiguar, será cimentada por las acciones de nuestro presente. Seremos pioneros de un mundo

cívico; tal vez no se hagan estatuas en nuestro honor, pero valdrá la pena el esfuerzo si pensamos que nuestra descendencia disfrutará de esa nueva sociedad.

¿Qué puedo hacer yo para colaborar? La respuesta es una sola palabra: actuar. Si no queremos la corrupción debemos evitar ser corruptos e influir para que los demás tampoco lo sean. Pero, ¿cómo influimos en quienes nos rodean? con las acciones. Los primeros a los que debemos educar con civismo es a nuestros hijos, pues ellos vivirán en el mundo del futuro.

El punto es comenzar ya. Nuestro pueblo mexicano ha sido corrupto desde que fuimos colonizados por los españoles, hemos vivido inmersos en las malas costumbres de antaño que se nos han impregnado profundamente en los sentidos, podría decirse que el mexicano es corrupto por instinto. Sin embargo, se ha llegado el día de quitarnos el estigma histórico que nos aqueja. El pueblo se ha hartado de vivir entre la mugre; quiere un cambio. En tiempos pasados se tomaron las armas, los fusiles, y se salió a combatir a las calles. La Revolución Mexicana fue el resultado del hartazgo del pueblo por la desigualdad en que vivía. Ahora, en el siglo XXI, se combatirá con las acciones. Es difícil, lo sé, lograr que todo un pueblo se mentalice de que debe cambiar sus malas costumbres de corrupción y machismo para influir en sus hijos y en los demás, sabiendo que los resultados palpables de dichas acciones no se verán sino hasta dentro de muchos años, quizá centurias enteras, sin embargo, si no empezamos nunca, México vivirá por siempre en las tinieblas de la incivilidad.

REFERENCIAS

- Fernández de Lizardi, José Joaquín. (1970). *El Periquillo Sarniento*. México: Porrúa.
- Thoreau, Henry David. (2009). *Desobediencia civil y otros escritos*. México: Editorial Sol 90.